



compromiso y expreso una profunda gratitud. Nuestra Universidad Autónoma de Nuevo León ha querido honrarme tal como vengo: mas armado de entusiasmo que de obras, mas pleno de proyectos que de realizaciones. Reciba, mi Alma Mater, el testimonio de mi encendida gratitud y de mi mas alta estimación intelectual. Todo hombre y, con mayor razón todo escritor, desea ser reconocido. Sería insincero al no confesar este anhelo. Pero advierto que la distinción no se debe tanto a mi obra y a mis escasos merecimientos personales, cuanto a la generosidad de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Permitidme que os diga, tan sencillamente como pueda, cual es la idea que me hago respecto a mi filosofía y del papel del intelectual. Yo no puedo vivir vocacionalmente sin mis investigaciones filosóficas, sin mi docencia universitaria, sin mis conferencias, sin mis libros y mis artículos. Pero jamás he colocado estas actividades por encima de todo. Tras de abrirse en variados horizontes mi "Ideario Filosófico" se agolpa, en última instancia, hacia la estrechez de lo único necesario: una filosofía como propedéutica de salvación. En ella trabajo, desde hace varios años, con toda intensidad y entusiasmo. Intensidad y entusiasmo en la tarea filosófica que es, que ha sido, mi modo de vivir. Modo de vivir que no está exento, claro está, de una cierta dosis de incertidumbre, de melancolía, de riesgo. Pero predomina, en esta vocación del fundamento, un goce lleno de plenitud presencial del "eros". Goce que no convierte la vocación filosófica en una ocupación felicitaría. Es mi propia vida, con sus angustias y esperanzas, la que me insta a filosofar. Sin un saber vital de ultimidades no puedo ubicarme ni autopoerme. En definitiva, no es la vida para la filosofía sino la filosofía para la vida, aunque nos pasemos la vida filosofando para mejor vivir. Filosofando para mejor vivir, para realizarnos, para salvarnos. Un ente anhelante de perfección —consciente de su incompletud y de su limitación— está comprometido a filosofar. No se trata de oficio, sino de condición humana. Sobre el fondo problemático de nuestra existencia, la filosofía intenta proyectar una claridad definitiva. La actitud filosófica es un modo de estar en la realidad y en la totalidad de cuanto hay. Desde este modo de estar en la "habencia" se coexiste, se convive y se muere. En octubre de 1986, un profesor de una Universidad alemana me entrevistó, durante una pausa que abrí dentro del Segundo Congreso Mundial de Filosofía Cristiana que me tocó presidir, a fin de que expusiera mis mas significativas y personales aportaciones a la filosofía contemporánea. Le hablé, con toda la precisión conceptual que pude, en apretado resumen, de mis principales contribuciones filosóficas: 1º Sentido de la filosofía como propedéutica de salvación en todas sus ramas; 2º Giro copernicano en la milenaria metafísica, ofreciendo una nueva metafísica de la "habencia" con un nuevo centro de gravitación en esta ciencia rectora; 3º Visión dialéctica, contrapuntual y tensionada del ser humano dentro de un integralismo metafísico y antroposófico; 4º Nuevo punto de partida para una filosofía del derecho, en la dimensión jurídica del hombre —con su poder hacer y su poder exigir— y en el ser todos juntos en el mundo. Con estos fundamentos ofrezco una obra pionera en el Continente Americano —inaugurando la Filosofía del Derecho Internacional; y 5º Una filosofía política sustentada en una cosmovisión del humanismo plenario y una nue-



va teoría de la democracia sostenida sobre la vocación democrática del hombre(1). Espero que estas tesis, para no citar sino las aportaciones fundamentales, sean conocidas y divulgadas en Europa en idioma alemán y lleguen más tarde —así nos sucede a los autores mexicanos—, a ser debidamente conocidas y valoradas en México. Aunque tapatío por nacimiento y familia, soy regiomontano por domicilio y destino. En Monterrey cursé una carrera universitaria, en Monterrey han nacido mis hijos y de Monterrey es nativa mi actual esposa. Lo digo, pensando en el refrán castellano: uno no es tanto de donde nace cuanto de donde padece. Monterrey ha sido mi circunstancia primordial. Circunstancia difícil, ciertamente, para una probada y definida vocación filosófica. Pero el hombre debe ser señor, y no naufrago de su circunstancia. Por eso me ha parecido insuficiente la conocida frase orteguiana: "yo soy yo, y mi circunstancia". De cualquier modo, no puede perderse de vista la circunstancia cuando se juzga a un hombre y a una obra. Porque soy un ser dialógico, un ser entre el prójimo, recibí el grado de Doctor en Filosofía, "honoris causa", como una copropiedad amorosa, —caritativa, en el sentido religioso de la palabra— que transcurre entre mi persona, mi esposa Sonia García de Basave, mis siete hijos, mis familiares, mis amigos, mis discípulos. Yo se la parte que les corresponde en esta distinción y ellos saben que Yo no la podría aceptar o disfrutar sin su compañía. Y la recibo, también, en nombre de todos aquellos ignorados investigadores y profesores universitarios de provincia que llevan la pupila dilatada de asombro, que estrenan la gracia intacta de las cosas, que caminan alucinados del brazo de la aurora y que mueren olvidados en la cama de un hospital cualquiera. Para un mexicano, que quiere llegar a la Universidad sin traicionar sus más caras esencias, las distinciones académicas —nacionales o extranjeras— constituyen un vigoroso estímulo para proseguir en la tarea vocacional. Eso es todo. Sin agregar un centímetro de estatura intelectual, nos disponen a la gratitud y nos estimulan a emprender el asalto de la altura. La gratitud sólo es posible en el ámbito de la libertad. Gratitud que va dirigida a personas: maestros, alumnos, funcionarios. El agradecimiento, como el ruego, —siempre es interindividual, transcurre entre un Yo y un Tu. Y pienso —que agradecer y recibir, dar y rogar es reconocer el mutuo apoyo y la mutua ayuda. Quien hoy da, mañana puede recibir; y quien hoy recibe, mañana puede dar. Es bello poder agradecer y mide, en cierto modo, la salud espiritual. La gratitud es disposición al agradecimiento vivo. Recibimos más de lo que hemos ganado. Nuestra vida misma es una dádiva de amor que nos compromete a vivir amorosamente. Quiero recordar las palabras de Pablo de Tarso: "¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a que gloriarte cual si no lo hubieras recibido?" (1 Corintios Capítulo IV, Ver. 7). En rigor, sólo he tenido un maestro: Jesucristo. Y mal cristiano sería si no diese testimonio hoy. Pero este reconocimiento fundamental me insta a la gratitud hacia quienes fue-

(1) Véase la revista "Concordia", 12, Internationale Zeitschrift für Philosophie, Materialis Verlag, Frankfurt, 1988, págs. 18 a 28.



ron mis profesores —mexicanos y extranjeros— y hacia mis alumnos - universitarios y mis discípulos. Sin ellos no sería quien soy, ni podría llevar a su cabal sentido el grado que recibo. Y pienso, también, en el diálogo con los grandes muertos, en el influjo que viene de lejos. Como profesor universitario me he enfrentado con la máxima responsabilidad de influir sobre las almas humanas; de promover, en alguna forma, - destinos decisivos. Nunca son irrelevantes las actitudes docentes en torno a la formación de los hombres. Hay una pasión del espíritu propia del educador. Es el eros pedagógico. "El estar llamado es mas que el tener una profesión. El educador tiene una "misión", del mismo modo que Goethe adjudicó a su Wilhelm Meister"(2) una cierta misión. La educación solo vive en el elemento del amor. Lo supo Platón y lo dijo - Pestalozzi. Nunca el amor puede ser absorbido enteramente por el rigor. Es natural que el verdadero educador sienta siempre una insatisfacción de sí mismo, una insatisfacción en cuanto al núcleo ético de su ser. No se puede despertar en otro la vida grande y sagrada que no se ha incorporado existencialmente al pedagogo. Nada sería la enseñanza superior si no tuviese hincadas sus ávidas raíces en el suelo nutricio de la - - ciencia. La investigación dignifica a la Universidad y la salva de - - caer en las redes de una mecánica ciega. Partiendo de nuestra fidelidad a las mejores esencias universitarias, podemos, por el espíritu de la investigación, henchir de posibilidades y de realidades a nuestra - - "Alma Mater", que se renovará en nosotros y en las generaciones que nos sucedan. En la cátedra y en el libro, he dicho en mas de una ocasión, que el humanismo es consubstancial a la Universidad. Si en la Universidad tendemos a conocer objetivamente al hombre en su integridad, las humanidades resultan imprescindibles e inaplazables. Al hablar de humanismo implicamos, naturalmente, la búsqueda, establecimiento y exaltación de los mas altos valores de la cultura. Si ciencias y humanidades tienen una misma causa fontal y un mismo fin común último, hay que desterrar las rígidas fronteras entre ciencia y humanidades. Los científicos tienen que tratar de comprender su actividad humana. Los humanistas llevan sus investigaciones a la objetividad científica mas rigurosa y depurada. La vinculación entre ciencia y humanidades debe darse, precisamente, en la Universidad. No queremos un limitado humanismo filológico grego-latino. Para nosotros humanismo significa configuración axiológica del ser humano. Solo el humanismo puede restaurar el estudio general o principal. El humanismo clásico ignoró la técnica, no abarcó - al hombre integral ni englobó a todos los hombres. Nosotros no podemos ignorar la técnica, pero tampoco podemos desconocer el magnífico legado de aquellos dos imperativos geniales: "conócete a ti mismo" y "llega a ser el que eres". He aquí el único medio de llegar a una educación del hombre como hombre. Y al hablar del hombre como hombre hablo del conviviente, del Yo y de la circunstancia, de la dimensión social insoslayable. Sin una ciencia templada de humanismo, la Universidad no puede - ejercer su rectoría espiritual en el seno de la sociedad. Al detener -

(2) Eduard Spranger: "El Educador Nato", Pág. 71, Editorial Kapeluse.



mi camino y volver por un momento la vista hacia atrás, veo, con relati-  
va satisfacción, algunas realizaciones que me han sido dables legar: la  
fundación del Centro de Estudios Humanísticos, el establecimiento de la  
carrera de Psicología, la introducción de Seminarios en la Facultad de  
Filosofía y Letras, la elaboración de reglamentos académicos —regla-  
mento interno y reglamento de seminarios— que no existían antes de --  
que asumiese la Dirección de esta Facultad. He servido a mi Alma Mater  
como Director de la Facultad de Filosofía y Letras durante seis años, --  
como consejero electo de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, co-  
mo miembro de la Junta de Gobierno, como Coordinador de la Maestría en  
Filosofía y como Director General de Estudios Superiores. Pero mi ma-  
yor satisfacción radica en los veinticinco años ininterrumpidos de in-  
vestigación y docencia. Aún así, siento que no he hecho todo lo que po-  
dría hacer. Mi paso por la Universidad ha sido, también, una larga me-  
ditación filosófica, en la que he puesto muchos años de trabajo intelec-  
tual y muchas de mis mejores esperanzas. A la disposición de los uni-  
versitarios he puesto mas de una veintena de libros. Entre ellos un --  
tratado sobre "Ser y Quehacer de la Universidad —Estructura y Misión  
de la Universidad Vocacional—". La obra no está exenta de una limpia  
pasión universitaria. Ese "pathos", --mis amigos lo saben--, me ha --  
permitido soportar pruebas difíciles, superar la desilusión y esperar --  
nuevas auroras. Quiero manifestar mi gratitud al H. Consejo Universita-  
rio, al Rector de la Universidad, al Director y a la Junta Directiva de  
la Facultad de Filosofía y Letras, al Comité de amigos y discípulos que  
tuvo la iniciativa para que se me otorgara el máximo grado que puede --  
conferir una Universidad. Como hijo de la Universidad de Nuevo León, --  
el grado de Doctor que se me confiere me enaltece, me honra y me conmue-  
ve. Permitidme que os haga una confesión. He tenido la suerte de reci-  
bir no escasas distinciones --nacionales e internacionales-- que me --  
llenen el espíritu de agradecimiento. Pero ninguna toca y conmueve tan  
de cerca las fibras mas íntimas del hondón del alma, como esta que me --  
depara, mi Alma Mater. Quisiera no defraudarlos. Pero solo puedo pro-  
meter ánimo y esfuerzo en la tarea de recibir y de forjar valores, den-  
tro de la sociedad que me circunda existencialmente. El eros filosófi-  
co es un vehemente amor de participar con el meollo de nuestra persona  
en lo esencial de todos los entes posibles, de todo lo que hay en el --  
ámbito finito y de lo que hace que haya. Esta participación se realiza  
en el hombre entero, con la totalidad de sus facultades espirituales su-  
periores. La filosofía no es tan solo un saber sino una forma de ser --  
hombre, una actitud vital. Un ejercicio de perfección y de dignifica-  
ción humana. Trátese de un imprescindible menester existencial de ubi-  
cación y de autoposición. Realizamos integralmente nuestra naturaleza  
finita cuando, tratando de ser hombres hasta el fondo, nos percatamos --  
de que el hombre --como advirtió Nietzsche-- está hecho para ser supe-  
rado. Apasionándonos en nuestra tarea de filosofar para mejor vivir co-  
mo hombres, encontramos nuestra unidad fundamental de ser, y, en esa --  
unidad, lo que funda, lo fundante, el ente fundamental y fundamentante.  
La filosofía, al fin cosa humana, está, en última instancia, como todo  
lo que es humano, al servicio de la vida, a disposición del hombre. Trá

con sus profesores --mexicanos y extranjeros-- y hasta mis alumnos  
universitarios y sus discípulos. Sin ellos no sería posible, ni po-  
dría llevar a su cabal sentido el grado que voy a recibir, también.  
en el diálogo con los grandes maestros, en el estudio que viene de lejos  
Como profesor universitario se ha entendido con la máxima responsabili-  
dad de influir sobre las almas humanas, de promover, en alguna forma,  
destinos decisivos. Nunca con irreflexivas las actitudes docentes en  
torno a la formación de los hombres. Hoy una pasión del espíritu pro-  
pis del educador. En el error pedagógico. El error llamado es que  
el tener una profesión. El educador tiene una misión, la de  
que Goethe atribuye a su Wilhelm Meister (2) una cierta misión. La e-  
ducación solo vive en el momento del amor. La vida misma y la vida  
Pastoriza. Nunca el amor puede ser absorbido enteramente por el rigor  
la natural que el verdadero educador siempre una investigación  
de sí mismo, una investigación en cuanto al mundo entero de su ser. No  
se puede desentender en otro la vida grande y sagrada de no se ha  
porado existencialmente al pedagogo. Una vida la enseñanza superior  
si no tuviese nimbada por las almas que en el mundo físico de la --  
ciencia. La investigación científica a la Universidad y la vida de --  
estar en las redes de una red de ideas. Partiendo de nuestra fidel-  
dad a las mejores enseñanzas universitarias, podemos, por el espíritu de  
la investigación, pensar de posibilidades y de realidades a nuestra  
"Alma Mater". Que se renovara en nosotros y en las generaciones que nos  
suceden. En la vida y en el libro, he dicho en mas de una ocasión,  
que el humanismo es conceptual en la Universidad. Si en la Universi-  
dad tendemos a conocer objetivamente al hombre en su integridad, las hu-  
manidades resultan impresionables e impresionables. Al hablar de huma-  
nismo hablamos naturalmente la búsqueda, el establecimiento y exalta-  
ción de los valores de la cultura. Si ciencias y humanidades  
tienen una misma causa íntima y un mismo fin común último, hay que de-  
fatar las rigidas fronteras entre ciencias y humanidades. Los cientí-  
cos tienen que tratar de comprender su actividad humana. Los humanis-  
tas llevan sus investigaciones a la objetividad científica mas rigurosa  
y demandada. La vinculación entre ciencias y humanidades debe darse, por  
elemental a la Universidad. Los cursos en un limitado humanismo filio-  
gico prego-ratorio. Para nosotros humanismo significa configuración axio-  
lógica del ser humano. Solo el humanismo puede restaurar el estudio ge-  
neral o principal. El humanismo clásico ignora la técnica, no aparta --  
al hombre integral ni ignora a todos los hombres. Nosotros no podemos  
ignorar la técnica, pero tampoco podemos desconocer el magnifico legado  
de aquellos investigadores geniales "concrete a sí mismo" y "llega a  
ser el que eres". He aquí el medio de llegar a una educación del  
hombre como hombre. Y al hablar del hombre como hombre hablo del convi-  
viente, del Yo y de la cristianidad, de la dimensión social, insoslaya-  
ble. Sin una ciencia templa de humanismo, la Universidad no puede --  
ejercer su rectoría espiritual en el seno de la sociedad. Al detener-

(2) Eduard Spangler: "El Educador Nato", Pág. 71, Editorial Kapelua.